

neras. Los generales rusos vengaron aquel incendio (1572); pero Estéban Bathori hacia una guerra terrible para recobrar las conquistas hechas en Livonia y en Lituania.

Vióse precisado Ivan á descender á súplicas con aquel terrible enemigo, que, vencedor en todas partes, se hacia cada vez más exigente; tanto que, cuando la paz de Kiwerowa-Horka, obtuvo toda la Livonia (1582). La Suecia, aliada en otro tiempo de la Polonia, continuó la guerra; y cuando la tregua de Plusamünde conservó lo que habia conquistado. Estando arruinadas sus rentas por la guerra de Polonia, recurrió Ivan por primera vez al clero con objeto de obtener subsidios; y el sínodo decretó que los dominios concedidos por los príncipes á las iglesias y á los monasterios, en cualquiera época que fuese, volverian á la corona, en atención á que el clero no debia ya adquirir bienes inmuebles.

Siberia.—Mientras que tan mal andaban las guerras de Europa, conquistaba Ivan un país pobre de habitantes, pero rico de los dones de la naturaleza. Se da el nombre de Siberia á la parte meridional del gobierno de Tobolsk, país habitado por los vógulos, los ostiakos y los barabintzos, y limitado por los samoyedas por el Norte, la estepa de Ischim al Sur, el Obi al Este y los montes Urales al Oeste. Toma su nombre de la ciudad de Sibir, situada en la orilla oriental del Irúch (10). Schibani, descendiente de Gengis-kan, habia fundado aquel kanato, llamado Turuff (11), separándole del de Captchak. Como se encontraba agitado por discordias, Yediguer, kan de Siberia, se hizo tributario de Ivan IV (1555), comprometiéndose á pagarle una piel de ardilla y una marta cebellina por cada uno de sus treinta mil setecientos súbditos. Hacia aquella época, Kuchum, de nación kirghiz, usurpó el poder tomando el título de czar de la Siberia. Anika Stroganoff, negociante de Sólvycegodzka en la Permia, comenzó á hacer con el país un ventajoso comercio de pieles, é Ivan concedió á perpetuidad á sus hijos las tierras incultas á orillas de la Kama, con el derecho de establecer allí fuertes, tener artillería y ejercer una jurisdicción independiente, reservándose el czar las minas que se descubriesen.

Los Stroganoff hicieron la guerra á Kuchum, y habiendo sometido el país á Ivan, obtuvieron de él en cambio el derecho de explotar las minas. Propusieron á algunos cosacos del Don renunciar á sus incursiones y entrar á su servicio. Yermak Timovieff aceptó, y emprendió con ochocientos cuarenta de sus camaradas, provistos de armas de fuego y supliendo al número con la resolución, conquistar la Siberia. Aquella novelesca expedición existe aun en los recuerdos nacionales. Se apode-

(10) Véase tomo VII, págs. 264 y siguientes.

(11) FISCHER, *Sibirische Geschichte*.

KRASCHENINIKOV, *Historia y descripción de Kamstchatka*.

raron de Sibir, penetraron entre los ostiakos y los vógulos; y aunque su jefe cayó en una emboscada y pereció en ella, y sus gentes se vieron obligados á batirse en retirada, el país fué ya conocido; el czar mandó entonces allí tropas que batieron á Tobolsk y derrotaron á Kuchum (1587).

Murió Ivan á la edad de cincuenta y cuatro años, sentido por sus súbditos, que habia tiranizado, y que nunca habian levantado un dedo contra él, mientras él vivia en continuo temor de tramas y sublevaciones. En el reinado de aquel monstruo, en el que el ejército ascendió de ciento cincuenta mil á trescientos mil combatientes, el país se habia aumentado de tal manera, y su reputación se habia extendido hasta el grado de que los alemanes y los ingleses solicitaban su alianza.

Fedor I.—El tártaro Boris Godounof empuñó las riendas del Estado (1584) bajo el nombre del inerte y débil Fedor, y manifestó con las cualidades que agradan, las virtudes que hacen notable y una ambición que no conocia límites. Dió por esposa al czar una de sus hermanas, arruinó con intrigas á los parientes del príncipe, y á todo el que podia causarle recelos; llegó hasta inmolrar á Demetrio, hermano único del czar, que pasó por haberse suicidado. Sostuvo entonces el Estado floreciente, tranquilo y temido de sus enemigos. Envió colonias á Siberia, reformó los abusos del reinado anterior, sometió la Iberia y defendió á Moscou de un ataque de los tártaros. Era un hombre tan dispuesto á la magnanimidad como al crimen, segun le convenia.

Terminóse la guerra con la Suecia con la paz de Tensin, que aseguró á la Rusia la Carelia y la Ingria. Al mismo tiempo las potencias europeas comenzaban á conocer las ventajas de una alianza con la Rusia, y los turcos á temer su enemistad: el papa no cesaba de enviar legados y regalos, para atraer al czar á la Iglesia latina, como el mejor medio de destruir el poder musulman, pero siempre fué en vano. Como parecia humillante para la Rusia permanecer bajo la tutela del patriarca de Constantinopla, esclava del turco, el metropolitano de Moscou fué elegido patriarca de la iglesia rusa (1599). De esta manera es como la Rusia se elevaba con la unidad política y la unidad religiosa, al paso que la Polonia, que carecia de ambas, se descomponia. Godounof se concilió tambien la voluntad de los nobles, disminuyendo la libertad de que gozaban los campesinos de pasar de una tierra á otra, derecho que obligaba á los señores á tratarlos con más humanidad; y aquella restriccion hizo cada vez mayor la esclavitud; pues los tiranos encuentran ventaja en tener que habérselas, no con poblaciones enteras que puedan rebelarse, sino con un corto número de privilegiados responsables de la turba servil abandonada á sus caprichos.

Boris.—La raza reinante de Rurik concluyó con Fedor (1598); y aunque varios otros vástagos de aquella sangre viviesen aún, Boris supo hacerse elegir para el trono, cuyo camino habia allanado con

crímenes en que la astucia se mezclaba al descaro. Gobernó con dignidad y prudencia, lisonjeó al pueblo, aliviándole de sus cargas y multiplicando las peregrinaciones. Llamó á artistas, médicos y farmacéuticos; sostuvo á los militares, alentó á los boyardos á que enviaran sus hijos á instruirse á Suecia; dió mucho á favoritos y monasterios; mandó fundir la enorme campana de Kremlin. Hizo con el papa y con la Inglaterra tratados por los cuales los ingleses y los italianos pudieron traficar en el país, y procuró reprimir las partidas de ladrones. Un año de hambre que hizo perecer á medio millon de personas en Moscou, puso á prueba su actividad para remediar el mal, é hizo respetar su nombre en Europa. Aunque la familia de los Romanoff aplaudió su elevación, no por eso dejó de sacrificarla á su desconfiada ambición; no sentenciándola abiertamente á los suplicios, sino con intrigas, y favoreciendo la delación, hasta el punto de producirla en el hogar doméstico.

En 1603, el fraile ruso Gregorio Otrepieff trató de hacerse pasar por el príncipe Demetrio: afirmaba que los asesinos no le habian herido, y reivindicó sus derechos á la corona. Encontró apoyo entre los polacos, deseosos siempre de introducir las turbulencias en Rusia; entre los cosacos del Don que Boris queria sujetar á la disciplina; entre los jesuitas de Cracovia á quienes el impostor prometia restablecer la iglesia latina en el imperio, y en multitud de personas dispuestas siempre á especular con una revolución. Secundado por las sublevaciones que estallaron y por la fortuna (1605), penetró en el reino, y Boris murió de pesar ó de desesperación, sospechándose que fué envenenado.

Fedor II Gudonof.—El patriarca y los boyardos eligieron á su hijo Fedor II de edad de diez y seis años; pero el falso Demetrio fué reconocido por la misma viuda de Ivan IV. El pueblo se apresuró á tributarle homenaje por las esperanzas que nacen en los países despóticos con cada cambio de rey. Quedó victorioso, perdonó á sus adversarios, y á diferencia de sus predecesores, declaró que no queria derramar sangre, pero dejó estrangular al czar. Volvió á llamar á los Romanoff, y reinó con dulzura, desplegando en la administración y en la guerra la habilidad que ciertas personas creen privilegio del nacimiento y de una educación real. Educado, sin embargo, en las costumbres polacas, despreciaba la aspereza rusa y los toscos boyardos; lo que era causa de no ser querido; tenia además sobre sí la culpa de haber ascendido al trono con ayuda de las armas de Lituania, de rodearse de multitud de extranjeros, de inclinarse al catolicismo, hasta el grado de permitir la celebración de la misa y haber admitido á los jesuitas en el imperio. Además no ayunaba, no se persignaba al pasar por delante de las imágenes, no sostenia una numerosa servidumbre, no dormia la siesta, montaba á caballo sin taburete, se divertia en domar potros cerriles y en apuntar los cañones. Es cierto

que á imitación de los verdaderos czares violaba hasta las vírgenes sagradas, y que manchó con sus caricias á la viuda de su predecesor.

Basilio Chuiski, que afirmaba haber visto con sus propios ojos á Demetrio en el ataúd, urdió una trama contra aquel que habia usurpado su nombre. Siguiéndole con una mirada de tigre en medio de las fiestas y de los negocios, consiguió, en fin, hacerle degollar en una sublevación (1606), en la que se derramó tanta sangre como la que el falso Demetrio habia querido evitar.

Basilio V.—Entonces, como un rebaño servil, el pueblo lanzó imprecaciones contra el czar muerto; aquellos que le habian reconocido por verdadero príncipe declararon que era un impostor; el pueblo le maldijo como mago y hechicero, al mismo tiempo que aplaudió á Basilio, que fué elevado á la categoría de czar. Pero de repente se presentó otro Demetrio, después un tercero, sostenidos siempre por los cosacos y los polacos. Chuiski fué depuesto. Los extranjeros se regocijaban con ver abatido un poder cuyos progresos les habia asustado. El hambre era tan terrible en Moscou, que se vendia carne humana. En todas partes habia matanzas, incendios, procesos; el desaliento penetraba en los corazones, hasta el grado de pensar en dar la preferencia á un extranjero para reinar en el imperio. Las intrigas hicieron prevalecer á Ladislao, hijo de Segismundo III, rey de Polonia; pero para vengarse, invadieron los suecos la Ingria, al paso que los polacos ocupaban á Smolensko; presentáronse otros Demetrios; los odios de nación y de familia hicieron correr arroyos de sangre por todas partes.

Miguel III Romanoff.—En fin, algunos boyardos se reunieron para libertar la patria de tantos males, y confrieron el título de czar á Miguel Federovitz Romanoff, que hasta entonces habia vivido en un monasterio con su madre (1613), y la dinastía que reina aun en el día ascendió al trono con él (12). Guiado por los prudentes consejos de Filaretés, arzobispo de Rostof, su padre, devolvió la paz á la Rusia. La cesion de la Ingria, con la cual abandonaba el Báltico, y en su consecuencia toda la Europa, fué la condicion del arreglo que concluyó en Stolbava con Gustavo Adolfo. Obtuvo de Ladislao de Polonia, que queriendo precisar á los rusos á aceptarle por czar (1634), habia llegado hasta Moscou, la paz de Wiazma, dejando á los polacos Smolensko, la Siberia y Chernikof.

El primer tratado entre la Rusia y la Francia se hizo por Richelieu (1629), cuya atención se habia despertado por el comercio que hacian los ingleses con aquellas comarcas. Miguel envió la primera embajada á China; pero volvió sin resultado, por-

(12) La historia de Karamsim concluyó precisamente en el punto en que es interesante para la Europa, es decir, en el advenimiento de los Romanoff. La profunda melancolía á que sucumbió le ha salvado del peligro de manchar su fama.

que sus gentes se habían negado á someterse al humillante ceremonial del país: por otra parte, aquel príncipe se entendió con la Persia para abrir un nuevo camino á las relaciones comerciales. Más tarde, en 1652, habiéndose lanzado el cosaco Kabarof á lo largo del Amor, llamado por los chinos río de los Dragones, construyó algunas torres en los alrededores, lo que produjo una cuestión con la China. Prefiriendo ante todo el emperador Chang-Hoang-Ti las ventajas del comercio, envió mandarines, acompañados de los jesuitas Pereira y Gerbillon, con diez mil hombres, que ostentaron gran magnificencia y arreglaron los confines entre ambos imperios.

Alejo Miquelovitz.—A Miguel Romanoff sucedió su hijo Alejo (1645), de edad de diez y seis años, cuyos tutores produjeron tal descontento, que Moscou, Novogorod y Pskov se sublevaron. Aquellas turbulencias alentaron á otro falso Demetrio, que después de haberse hecho circuncidar en Constantinopla, recibió el bautismo en Roma, y se dirigió á todas las potencias para hacerse reconocer. Concluyó por ser cogido y sentenciado á muerte. Irritados los cosacos de la Ucrania contra los polacos que los trataban de siervos, se sometieron á Alejo, á condición de quedar exentos de contribuciones y de cualquiera otra jurisdicción que la de sus propios magistrados, con el derecho de elegir su hetman; sesenta mil de ellos debían servir en el ejército ruso con un sueldo de tres rublos al año.

Era natural que la Polonia cuyo poder comenzó á declinar desde aquel momento, encontrase en aquel incidente un motivo de guerra. Los rusos salieron vencedores de la lucha; sin embargo, los cosacos volvieron á la Polonia, y en fin se dividieron entre ambos Estados, con arreglo á una línea de separación trazada por el Dnieper; pero amigos ó enemigos, siempre fueron vecinos peligrosos (1669). Stenko-Razin, al frente de una partida de cosacos del Don, saqueó las barcas que iban por el Volga á Astrakan y batió á las tropas enviadas para reprimirle. Después de haber derrotado á los rusos, se arrojó sobre la Persia, saqueando y degollando en todas partes á los nobles, y llamó á la libertad á los siervos y á los cultivadores. Uniendo la habilidad del general á la astucia del bandido, se sostuvo por algún tiempo; pero concluyó por ser preso y ejecutado. No hacemos mención más que de este jefe; pero se puede decir que había constantemente uno en rebelión contra la Rusia.

En 1672 estalló la primera guerra con la Puerta: en aquella ocasión, Alejo envió á rogar á los príncipes cristianos diesen tregua á sus enemistades para combatir al enemigo común, y al papa que se pusiese al frente. Pero nadie le escuchó, y murió antes de ver el fin de las hostilidades (1676).

Código.—Entrando en la congregación europea, procuró aquel príncipe sostener dignamente su categoría con la mejora de su pueblo. Llamó á extranjeros, fundó escuelas, dispuso principalmente revisar el código de Ivan Vasilievitch, y «tomar de las

constituciones de los santos apóstoles, de los Padres de la Iglesia y de las leyes de los emperadores griegos todo lo que se encontrase en ellas aplicable á las costumbres y á los usos de su nación; reunir igualmente los ukases de los antiguos señores de la Rusia y las decisiones de los boyardos para combinarlas con las leyes existentes; en fin, resolver las cuestiones que habían quedado hasta entonces sin solución, y permanecido dudosas en la legislación.»

Designó para el efecto á cuatro príncipes, á los cuales les unió diputados de todas las clases de la nobleza y de la clase media: una vez terminado el trabajo, leyóse en una asamblea del clero (1649), de los boyardos, de los jueces y de los consejeros, en presencia de los diputados, de los nobles y de los vecinos; después fueron llamados todos los asistentes á suscribir á él. La blasfemia, el turbar el ejercicio en el culto y el crimen de lesa majestad eran castigados con la muerte. El que se presente armado en la corte sin haber recibido orden para ello, sufrirá los *batonges*, es decir, golpes aplicados á las plantas de los pies, y el encierro. El que use del acero en presencia del czar sin herir á su adversario, debe perder la mano, y si le hiere ser castigado con la muerte. El falsario en escritura pública, la sustracción de títulos y documentos, la falsificación del oro y de la plata se castigan con la pena capital. A los monederos falsos se les echa metal derretido en la boca. El robo de un caballo cuesta la pérdida de la mano. El primer robo se castiga con el knut, la pérdida de la oreja izquierda y dos años de trabajos forzados; el segundo con el knut, la pérdida de la otra oreja, y cuatro años de trabajos forzados; el tercero, lo mismo que el robo en una iglesia, con la pena de muerte. Al salteador de caminos se le aplica al tormento, se le corta la oreja derecha, se confiscan sus bienes, sufre tres años de trabajos forzados, y la pena capital en caso de reincidencia. A los condenados á muerte se les conceden seis semanas para hacer penitencia; todo homicidio premeditado produce la pena capital; por el castigo del infanticidio un año de prisión y una multa; si la culpable no es casada, debe sufrir el último suplicio. La mujer que da muerte á su marido se la entierra hasta las caderas, con las manos atadas á la espalda. El juez prevaricador es condenado á pagar el triple del daño causado, degradado si es noble, entregado al knut si no lo es. Los calumniadores deben sufrir la pena prescrita á la imputación calumniosa; las injurias corporales producen la pena del talion; las de palabras se pagan con dinero, á proporción de la clase del ofensor y del ofendido. Prohíbese legitimar á los hijos naturales, aun con matrimonio subsiguiente. Los hijos no pueden acusar á sus padres, ni citarlos ante la justicia. Nadie puede salir del país sin pasaporte; debe pagarse un impuesto permanente, sin exceptuar los bienes eclesiásticos y los de la corona, para el rescate de los prisioneros de guerra: otro para el sosten del

ejército en tiempo de guerra. El patriarca ejerce su jurisdicción sobre los que dependen de él y se puede apelar de su tribunai al de los boyardos. Un noble no puede constituirse esclavo por contrato; para hacerlo, le es preciso tener quince años, y los hijos nacidos antes del estado de servidumbre son libres. Se prohíbe introducir y fumar tabaco bajo pena de knut, del tormento, de cortársele las narices, según haya faltado una ó más veces. El clero, los nobles y los soldados están exentos de todo peaje.

Algunos historiadores atribuyen á Alejo la terrible invención de la cancellería secreta, que dejaba la vida de los ciudadanos á merced de los delatores. Bastaba que uno de ellos exclamase: *Slovo i dielo* (la palabra y el acto), para hacer encarcelar al primero que se le ocurriese, aunque teniendo que probar que había conspirado contra el czar; sin lo cual el acusador sufría el knut.

En 1587 se había concedido un patriarca particular á la Rusia por Fedor Ivanowitch con plena autoridad eclesiástica. Aun se consultaban, sin embargo, á los patriarcas griegos, y todos los años los czares les enviaban un regalo á Constantinopla. Pero en 1657 fué un embajador ruso á Constantinopla, y obtuvo del patriarca de aquella ciudad, de los de Antioquia, Jerusalem y Alejandria que el clero ruso pudiese elegir el patriarca de Moscou sin recurrir á su asentimiento. Este prelado quedó, pues, enteramente independiente, y ocupó el primer lugar después del czar, quien, en la solemnidad del domingo de Ramos conducía de una cinta el caballo del jefe de la Iglesia. En el primer año uno y otro se besaban la mano y abrazaban en presencia del pueblo; sentándose después el patriarca en el trono, bendecía la corona y el cetro del czar. Pero no duró mucho aquella armonía. El patriarca Nikon, uno de los hombres más distinguidos del imperio, era á pesar de su afecto hácia la familia de los Romanoff, celoso de los derechos de su iglesia, por el interés de su dignidad y hasta por orgullo personal. Cuando sujetó el código á los eclesiásticos á la jurisdicción seglar, se opuso á este envilecimiento: irritóse el czar; los grandes y los demás miembros del clero se declararon en contra de la severidad del patriarca: viendo entonces que había perdido el favor, abandonó las insignias de su dignidad, y se retiró á su convento, en el que se ocupó en escribir una crónica del reino hasta el fin de sus días.

Cismáticos.—Nikon había introducido la uniformidad en el culto de la Rusia; pero muchos fieles se separaron de él, haciéndole un cargo por haber alterado los dogmas y los derechos, y se titularon antiguos creyentes (*staroverzi*) ó elegidos (*isbranniki*), mientras que sus enemigos los trataban de cismáticos (*roskolznick*). Como no forman una iglesia particular, las opiniones varían entre ellos de hombre á hombre. Odian á los sacerdotes griegos, negando que haya en la iglesia rusa continuidad de episcopado, y en su consecuencia, sacer-

docio legítimo. Se sujetan rigurosamente á la letra de la Escritura, de tal manera que la trasposición de una palabra en una nueva edición de la Biblia fué causa de graves turbulencias. No permiten administrar el bautismo á un sacerdote que haya bebido, con objeto de evitar los desórdenes causados en el país por el abuso de los licores espirituosos. No admiten categorías entre los fieles; es un pecado entre ellos decir tres veces *aleluya* en lugar de dos; el sacerdote debe bendecir con tres dedos, y otras pequeñeces: pero como se escluye á los disidentes de sus conventículos, se les achacan todos los desafueros, imputados por lo común á las sociedades secretas. El rigor, el artificio, la guerra abierta se han empleado inútilmente para destruirlos; la tolerancia de Pedro el Grande, la indiferencia de Catalina II no han conseguido nada. Hay tal vez en el día trescientos mil en el imperio, subdivididos en más de veinte sectas, que se distinguen en *popowstchina*, que tienen popes, es decir, sacerdotes, y en *bezpopowstchina*, que no los tienen.

Sin embargo, Alejo convocó en Moscou (1667) un concilio al que asistieron los patriarcas de Alejandria y Antioquia, y en el que fué escomulgado Nikon, que además fué desterrado. Aquella asamblea abolió la costumbre de escomulgar al papa y á los católicos todos los primeros domingos de cuaresma.

Aun quedaba que triunfar de las arrogantes pretensiones de los nobles, entre los cuales se había establecido una especie de gerarquía (*miesnitchestvo*). Resultaba de esto, que todo hombre bien nacido, consideraba como indigno de sí depender de otro de una casa menos antigua; negábanse á servir en el ejército á las órdenes de un oficial cuyo padre ó abuelo había sido inferior al padre ó abuelo de aquel que se enorgullecía; lo mismo acontecía con respecto á los empleos de la corona y al ceremonial. Las cuestiones sobre este asunto las decidía un tribunal (*vosriad*) en cuyos archivos se conservaba el registro de las antiguas y nuevas familias, con los empleos desempeñados por los miembros de cada una de ellas. Añádase á esto, que los descendientes de los Rurik (1676) hacían presentes pretensiones que causaban recelos á la nueva y extranjera familia de los Romanoff. Para cortar el mal en su raíz, Fedor III, hijo de Alejo, con el pretexto de arreglar exactamente las clases, hizo le presentasen los diferentes extractos que cada familia había hecho sacar de aquellos registros, y los entregó á las llamas con detrimento sin duda de la historia, pero en provecho de la paz y de la disciplina. De todos modos, como su intención era aniquilar pretensiones y no la nobleza, permitió hacer otra genealogía, sin que en adelante pudiese pretenderse ninguna superioridad por el nacimiento.

Constitución rusa.—Ya podemos considerar á la constitución rusa como completa, y dirigir una ojeada sobre su conjunto. La *monarquía moscovita*

ó *Gran Rusia* era considerada como propiedad de la casa de Romanoff; el emperador reinante podía designar á su sucesor entre sus hijos, aunque hubiese la costumbre de dar la preferencia al mayor. El príncipe elegido, coronado por el patriarca ó por un metropolitano, tomaba el simple título de czar ó de czar blanco; á su mujer se la llamaba *czarina*, á sus hijos *czarewitch*, y á sus hijas *czarevinas*. El czar tenía sobre la vida y bienes de sus súbditos un poder despótico. Cuando quería declarar la guerra, acudía á una iglesia y hacia leer sus agravios contra el enemigo, última consideración del déspota con el pueblo, que debía soportar las cargas y los males. Por lo demás, los antiguos derechos del pueblo y de los señores, hasta de aquellos que en otro tiempo eran soberanos, dependían de la voluntad arbitraria del czar, que los domaba á correazos (13). Los empleos civiles y militares se hallaban siempre confundidos, y el mando del ejército se confiaba á un boyardo de la cámara; el gobierno de las ciudades y las embajadas á los oficiales del consejo.

Boyardos.—Los boyardos eran consultados por el czar en los asuntos principales, pero por pura condescendencia. Se reconocía en la nobleza, después de la destrucción de los antiguos registros, cuatro grados: en el primero se encontraban las familias, cuyos miembros figuraban en tiempo de Fedor III, entre los boyardos, los jueces y los consejeros, ó cuyos autores habían sido empleados en tiempo de Ivan IV y Fedor III, ora en misiones extranjeras, ora en un elevado mando: en el segundo grado, las que habían tenido mandos militares en tiempo de Miguel III ó Fedor III, ó cuyos nombres estaban inscritos en la primera clase en los registros de las ciudades. Seguían después las familias mencionadas en aquellos registros; en fin, los nobles nombrados por cartas del czar. Sólo los nobles podían usar espada, y poseer tierras obligadas al servicio militar; gozaban además de diferentes privilegios con respecto á la justicia.

Se había formado en las ciudades una clase media de *personas nombradas*. Podían adoptar por nombre de familia el de su padre con la terminación *ich* ó *itch*; eran ricos comerciantes y mercaderes escluidos de los empleos.

Aldeanos.—Los aldeanos permanecían afectos al terruño, sin tener propiedad sobre nada, y podían ser trasladados por su amo de una tierra á otra; pero no podían arrebatarlos de los campos para destinarlos á otros servicios. Los esclavos, por el contrario, se empleaban en toda clase de trabajos, y algunos pertenecían por herencia á una familia; otros se comprometían con ella por un contrato de por vida. La ley no se ocupaba de ellos sino para prohibir se les mutilase ó diese muerte.

La suerte del pueblo era trabajar y pelear, ignorante, miserable, encorvado servilmente bajo el

(13) Véase á ALFONSO RABBE.

knut de los amos. Algunas veces, cansados de los malos tratamientos ó de tanto sufrir, se amotinaban contra los odiosos edictos, y el czar apaciguaba á los rebeldes arrojándoles la cabeza de los ministros, que servían de esta manera de salvaguardia al príncipe, sin haber podido poner freno á sus voluntades.

El consejo de Estado se componía del czar, de sesenta y siete boyardos, de cincuenta y siete jueces y treinta y ocho consejeros. El primer magistrado era el presidente de los negocios extranjeros, á quien se hallaba confiado el sello. El supremo tribunal de justicia se llamaba *Palacio de justicia de oro*.

El ejército permanente se reclutaba de voluntarios, ó en su defecto los propietarios territoriales debían proporcionar hombres. Los strelitz ó tiradores, en número de cuarenta mil, formaban el primer cuerpo; además había varios regimientos de soldados instruidos á la alemana, como también caballería, con oficiales alemanes. La nobleza proporcionaba por otra parte doscientos mil hombres de tropas feudales, y los cosacos una numerosa caballería irregular.

Las rentas ascendían á 5.000.000 de rublos, y la venta de la cerveza al por menor, el hidromiel, el aguardiente, la sal, la pesca en el mar Caspio, y sobre todo la del sollo, con cuyos huevos se hace el cabial, constituían los privilegios reales. Se daba poco dinero á los empleados, pero se les asignaban ciertos dominios.

Clero.—La iglesia rusa comprendía veinte y tres eparquias que tenían á su cabeza á doce metropolitanos, arzobispos ú obispos, dependientes todos inmediatamente del patriarca, dignatario cuya influencia era muy grande, aun en los negocios políticos, y á quien se le tributaba un respeto que rayaba en la adoración. El clero no podía adquirir bienes raíces: dicese, sin embargo, que poseía una tercera parte del territorio exento de impuestos; esto se entiende de los frailes, pues el clero secular no tenía riquezas ni crédito. Los hijos de los sacerdotes eran escluidos de los empleos civiles, lo que hace que pueblen los conventos. Esta poderosa aristocracia no se dedicó á corregir al pueblo, que no conocía de la religión más que los actos exteriores, servilmente determinados, y la estricta observancia de cuaresmas muy rigorosas. La predicación, poderoso medio de educación, no era permitida por los celos del gobierno.

Las costumbres tenían aun algo del estado bárbaro, y el lujo oriental se había mezclado á ellas sin modificarlas. Las casas de madera no tenían otro adorno que colgaduras de cuero: los trajes eran bastos; pero se ostentaba en las fiestas el oro y los diamantes sobre ricas telas, como también pieles de gran precio. Los que no las tenían las alquilaban del guardarropa del czar. Se pagaban las que se estraviaban ó echaban á perder, además de sufrir las palizas castigo del que no estaba exenta ninguna clase de personas. Las mujeres de cierta

categoría estaban obligadas á una servidumbre enteramente asiática: no podían salir sino para ir á la iglesia ó visitar á sus padres. Su marido era siempre su señor; las maltrataba á su antojo, no como consecuencia de una brutalidad que la misma civilización no hubiera podido vencer, sino con consentimiento de la ley, que convertía en un crimen resistirse á los malos tratamientos. Las mujeres del pueblo gozaban de mayor libertad; y con objeto de satisfacer su afición á los licores, se entregaban á un descarado libertinaje. Los extranjeros eran siempre mirados en el país con desprecio y desconfianza; los boyardos ó dignatarios no se atrevían á tratar con ellos sino ocultamente; además, los embajadores rusos eran tan tercios y llevaban las pretensiones á tal grado, que era muy difícil terminar con ellos un asunto.

Los caminos se hallaban infestados de ladrones, y hasta las mismas calles de la capital no estaban seguras. Los envenenamientos eran frecuentes, y tan temidos, como también los encantos, que se hacía prestar juramento á todos los que se aproximaban al czar de no poner yerbas malélicas en sus manjares, y oponerse á que otros las pusiesen.

Fedor III, príncipe justo y benéfico, que había concluido con un arreglo la guerra con los turcos en 1681, murió después de seis años de reinado, sin dejar hijos (1682). En su consecuencia, el patriarca y los boyardos se reunieron para elegir entre su hermano carnal, de edad de diez y seis años, y Pedro, su hermano consanguíneo, que no tenía más que nueve. Pero como el primero era débil, tartamudo y no tenía ambición, fué proclamado Pedro, bajo la regencia de la zarina Natolia Kirillovna-Narischkin. La facción favorable á aquella princesa había sucumbido en el reinado de Fedor III, bajo el de los Miloslawski, parientes y partidarios de la primera mujer de Alejo, y éstos intrigaron entonces mucho para estender calumnias contra la zarina. Produjeron su efecto; cinco de los nueve regimientos de strelitz se declararon contra un nombramiento hecho sin participación suya. Subvaronse á los gritos de *muera Pedro y la zarina* corrió la sangre, y los hermanos de la regente fueron degollados por aquella soldadesca ebria. Setenta y siete personajes respetables fueron asesinados de una manera horrible, é Ivan fué también proclamado czar con su hermano, bajo la regencia de la czarevina Sofia, su hermana. Aquella astuta princesa, cuya destreza había producido la revolución, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que había ambicionado. Sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los strelitz, lo cual fué causa de una nueva sublevación. Encontrándose mal recompensado el príncipe Khowanski, su jefe, de los servicios prestados á la co-regente, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa, la de los abakumistas, meditando degollar á los dos czares, y gobernar en su lugar. Habiéndose refugiado los príncipes en un monasterio, Pedro, cuyo carácter se ha-

bía ya formado en medio de aquellas turbulencias, llamó á él á Khowanski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitz que le acompañaban. Preparáronse los demás para vengarse; pero á vista de toda la nobleza armada para defender á los czares, se asustaron, y, pasando de la audacia á la cobardía, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicios, dispuestos á sufrir un castigo merecido; pero no obtuvieron su perdón sino á condición de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos sacados por suerte de sus filas recibieron los sacramentos y se prepararon á morir. Después de haberse despedido de sus familias, se dirigieron al convento con la cuerda en el cuello y desarmados, de dos en dos, llevando el tajo, y un tercero el hacha. Llegados al punto pusieron en él los tajos, en los que apoyaron sus cabezas, y de esta manera esperaron tres horas. Contentáronse los czares con hacer ejecutar á treinta y perdonar á los demás.

La princesa Sofia, á quien la juventud de Pedro y la incapacidad de Ivan permitían libertad en el ejercicio del poder, se aprovechaba de él para hacer su voluntad. Cuéntase que ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos: tal vez se la acusó de más de lo que merecía por el partido triunfante; pero es cierto que era muy ambiciosa é intrigante. Estendió el territorio del imperio adquirido á Smolensko, la Siberia, Chernicof, la pequeña Rusia á orilla izquierda del Dnieper, Kief en la derecha, como también los países de los cosacos zaporogos, á los que prometió, para unirlos á la Rusia, aliarse á la Suecia y á la Polonia contra la Turquía; pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que había de adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares; perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse.

Durante aquel tiempo crecía Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le espuso, y los jóvenes extranjeros que se colocaron en su derredor para corromperle, escitaron su imaginación con la relación de extraordinarias empresas. El genovés Francisco Jacobo Lefort, había recorrido la Europa de un extremo á otro, sucediéndole extrañas aventuras, viendo mucho, capaz de ver bien, y sin deber más que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna. Ganó la confianza de Pedro, quien le puso á la cabeza de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales quiso aprender los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio, sin admitir distinción entre él y sus compañeros. El honor de entrar en aquella tropa como camarada (*poteshchnoi*) no tardó en ser ambicionado, y llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia.

En medio de las desenfadadas licencias de aquellos jóvenes, Pedro y Lefort espiaban con atenta mirada el momento de arrebatarse el poder á Sofia: irritábanse al ver que, después de haber adoptado el título de soberana, había hecho ins-

